

HIJOS QUE NO SE DAN CUENTA QUE SON HIJOS: UNA REFLEXIÓN DESDE EL PERSONALISMO

CHILDREN THAT NOT REALIZE THEY ARE CHILDREN: A REFLECTION FROM THE PERSONALISM*

CARLOS ALBERTO ROSAS JIMÉNEZ**
SEMINARIO MAYOR SAN PEDRO APÓSTOL, COLOMBIA

Resumen: La persona humana ha sido definida de muchas maneras a lo largo de la historia. Con el paso del tiempo, la reflexión filosófica, teológica, psicológica, antropológica, sociológica, histórica, etc, ha hecho grandes aportes a la comprensión de la persona humana y aportado otras definiciones. Nos hemos enfocado en las reflexiones que ha hecho el personalismo que sostiene que la persona humana es el centro y punto de partida de toda reflexión. De todas sus características, la persona humana es ante todo un ser para el encuentro y el primer encuentro de su existencia es la relación filial. No obstante lo evidente que resulta el ser hijos, no vivimos como tales o al menos no parece que lo entendamos así. . Es por eso que hemos querido sacar a la luz algunas claves que sirvan a hombres y mujeres del mundo actual para comprender el valor de la dimensión filial de la persona humana y qué puede estar impidiendo vivirla o aceptarla en la propia vida; esperando que a partir de esta reflexión se pueda ayudar a reconocer la riqueza del ser hijos, y de esta manera, se tiendan puentes para facilitar la comprensión y la apertura a la fe cristiana que entiende a todo ser humano como hijo de Dios.

Palabras clave: filiación; hijo; padre; personalismo; encuentro.

Abstract: The human person has been defined in a variety of ways along human history. As time goes on, reflections from philosophy, theology, psychology, anthropology, sociology, and history have done great contributions to understand and explain what the human person is. We have focused in the proposals that personalism have done so far which states that the human person should be the center and start point of every reflection about the human being. Among all the characteristics of personalism, we find that the human person is above all a being for the encounter with each other and its first encounter is the filial relationship. Even though being children is more than evident for every single person, we usually do not live as them or at least it does not seem that we fully understand this fact. This is why we try to shed light on the keys that could help today

* Artigo recebido em 20/05/2016 e aprovado para publicação pelo Conselho Editorial em 27/06/2016.

** Biólogo de la Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia; Filósofo, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia. Estudiante de teología Seminario Mayor San Pedro Apóstol, Cali, Colombia. Magíster en Bioética, Universidad Libre Internacional de las Américas. Miembro de la Fundación Colombiana de Ética y Bioética. E-mail: carlosalbertorosasj@gmail.com

men and women to understand the value of being children and the possible causes that hinder us to live or accept that condition in our own lives. We hope that this work could help understand the richness of being children, so that we can facilitate the comprehension and opening to christian faith which states that we all are children of God.

Keywords: filiation; son; father; personalism; encounter.

1. Introducción

La persona humana ha sido definida de muchas maneras a lo largo de la historia. Recordamos siempre a Boecio cuando hablamos de la definición de persona, quien afirmaba que persona es una unidad sustancial de naturaleza racional. Con el paso del tiempo, la reflexión filosófica, teológica, psicológica, antropológica, sociológica, histórica, etc, ha hecho grandes aportes a la comprensión de la persona humana y aportado otras definiciones. De dichos aportes quisiéramos enfocarnos en las reflexiones que ha hecho el personalismo que sostiene que la persona humana es el centro y punto de partida de toda reflexión, entendiendo siempre que el ser antecede el hacer. Este personalismo, menciona Burgos (2013), presenta algunas novedades que vale la pena destacar. En primer lugar, el paso del qué al quién, es decir, que el hombre no es una cosa, es un sujeto individual irrepetible. Por otro lado, existe una estructura tridimensional de la persona, cuerpo, psiqué y espíritu. Además, está el hecho de que la persona posee un carácter autónomo, originario y estructural de la afectividad. Encontramos también la importancia que tienen las relaciones interpersonales, del encuentro y del diálogo. Se destaca la primacía de la libertad y del amor; así como de la corporeidad, que abren el camino hacia el tratamiento de la sexualidad. Finalmente, se encuentran otros rasgos que vale la pena rescatar como el carácter narrativo de la persona, siempre con una historia por contar, la relevancia de la subjetividad, entre otros.

De todas estas características o, quizá podríamos llamar, dimensiones de la persona humana, queremos llamar la atención sobre la persona como un ser para el encuentro, a partir de lo cual podremos tratar el tema de la presente investigación. En efecto, la persona está destinada por esencia a ser el Yo de un tú, dice Guardini (2000), y depende por tanto, de que haya otras personas, sin importar que sea una u otra persona, pues en definitiva, la persona fundamentalmente solitaria no existe. El hombre, explica Guardini, no tiene consistencia cuando vive en sí mismo y para sí mismo, sino cuando se halla abierto, cuando se arriesga a salir hacia el otro; llega a ser él mismo cuando renuncia a sí mismo, pero esto no por adoptar una actitud superficial o por

entregarse al vacío de la existencia, sino por entregarse a algo que merece que uno se arriesgue a perderse a sí mismo por ir en esa dirección (LÓPEZ, 2009).

Salvador Pía habla de una co-existencia de la persona humana para referirse a la necesidad que ésta tiene de "existir con" otros. En esa misma línea dice Leonardo Polo (citado en Pía) que la existencia de una persona única o aislada en términos absolutos sería la peor de las tragedias. Pues bien, el primer encuentro y el primer momento de nuestra co-existencia es la relación filial, como dice Serretti: "el hombre existe en la forma de genitivo de pertenencia a causa de su origen filial" (2011, p. 178). Toda persona que viene al mundo, tiene una relación filial. Todo ser humano que nace, es hijo, viene de un padre y de una madre; no hay más opciones, proviene de la unión de un óvulo y un espermatozoide, de un hombre y una mujer que se constituyen en sus padres, exceptuando la clonación. Esa primera relación es filial, y su primer encuentro directo también, pues es con su madre. Desde que está en el vientre materno se produce ese primer encuentro con un "otro" de carácter filial. Sin duda alguna, por este hecho es que adherimos a la postura de Sellés (2006) quien afirma que lo más radical de la antropología es ser hijo.

No obstante, a pesar de lo evidente, a pesar de saber que todos venimos de un padre y de una madre, lo cierto es que tal realidad, la de la paternidad y la filiación, se encuentra en crisis (ASSIRIO, 2013). En efecto, uno de los fenómenos mas notorios de las ideologías modernas, es el no querer ser hijo, el considerar la filiación como una deuda intolerable (POLO, citado en Sellés, 2006). La raíz de esta renuncia, insiste Polo (citado en Sellés, 2006), reside probablemente en el empeño por lo que ha venido llamándose autorrealización, pues es claro que querer ser autor completo de sí mismo, excluye la filiación, la dependencia del origen. El individualismo ampliamente difundido en la cultura de hoy conlleva ese rechazo por la figura del hijo. No obstante, como dice Sellés (2006), algunos podrían objetar este desdén tan drástico de la filiación; de todas maneras, no parece que en nuestro tiempo, el saberse hijo a nivel de intimidad personal esté demasiado asumido. De hecho, la deconstrucción de la familia en la sociedad actual es reflejo de un proceso de deconstrucción más profundo: el de Dios como Padre y el del hombre como hijo (SÁNCHEZ, 2014).

Vale la pena destacar que el profesor Juan Manuel Burgos, quizá el más importante estudioso del personalismo en la actualidad, no haya hecho énfasis explícito en la dimensión filial de la persona humana cuando ha hablado del personalismo ni lo resalta de los pensadores que él llama personalistas (BURGOS, 2000; 2008; 2009; 2010; BURGOS, et al., 2008).

Teniendo en cuenta lo anterior, en el presente estudio queremos sacar a la luz algunas claves que sirvan a hombres y mujeres del mundo actual para comprender el valor de la dimensión filial de la persona humana y qué puede estar impidiendo vivirla o aceptarla en la propia vida. Esperamos que a partir de esta reflexión se pueda ayudar a reconocer la riqueza del ser hijos, y de esta manera, se tiendan puentes para facilitar la comprensión y la apertura a la fe cristiana que entiende a todo ser humano como hijo de Dios.

2. Ser hijos

Quisiéramos hacer mención a tres elementos que se encuentran en la raíz de la dimensión filial de la persona que aportan sólidos fundamentos a una mayor comprensión de quiénes somos los seres humanos que vivimos en este mundo y a qué deberíamos apuntar para garantizar una existencia llena de sentido.

a. El ser hijos es un don. Nadie elige ser hijo. Cualquiera de nosotros está en este mundo como un regalo que hemos recibido. Y prácticamente cualquier persona así lo considera, a pesar de experimentar que su existencia sea complicada y dura de llevar adelante. De no ser considerada nuestra existencia como un regalo, el suicidio sería el pan de cada día, en cualquier lugar del mundo y a cualquier edad.

No obstante, nos hemos dado el derecho de existir. No hemos sabido reconocer que cuanto somos y tenemos es un regalo. De este primer hecho, brota el agradecimiento. Al recibir un regalo, no hay otra cosa que hagamos primero, que agradecer a quien nos ha dado ese regalo. Y cuando el regalo es bueno, o muy bueno, y no lo esperábamos, no cesamos de agradecer a la persona que nos lo ha dado. Por tanto, nuestra existencia en este mundo se debería convertir en un constante agradecimiento por el sólo hecho de existir.

Además, después de ese regalo que es nuestra propia existencia, cualquier cosa que hemos adquirido e incluso cada día que hemos tenido la oportunidad de vivir es un regalo. Ninguno de nosotros ha firmado un contrato por un tiempo definido para existir en este mundo, y cada día que pasa podría ser el último de nuestra existencia. Tampoco, nada nos garantiza que todos los bienes materiales los podemos perder algún día. Por lo tanto, cada bien material que tenemos es un don, un regalo que nos ha sido dado.

Ese regalo que hemos recibido, de manera evidente lo hemos recibido de nuestros padres. Venimos de un padre y una madre. A pesar que de algunas personas personas se digan que no

fuera deseadas, para ellas, debería ser un regalo, poder existir, haber salido a la luz, haber salido a escena y participar de esta gran obra que es la existencia humana. Finalmente, podemos hablar de Dios como el autor principal de este regalo que es vivir. Pero ese regalo no es impersonal, es un regalo de Padre a hijo. No existimos sin más, como tirados o arrojados en el mundo, sino que existimos como hijos; como dice Serretti: “el hijo posee todo en sí, es un ser completo, y en tal sentido, su altruidad es real” (2011, p. 178).

En síntesis, la dimensión filial de la persona humana está anclada en la existencia para todo ser humano de un padre y de una madre, y un origen último en Dios. Existir será por tanto, un regalo, un don, del cual tenemos que estar agradecidos, pues si no nos hemos quitado la vida, y estamos escribiendo o leyendo este trabajo es porque descubrimos que hay algo de valioso en nuestra existencia por lo que deberíamos estar agradecidos. Por esta razón, para un verdadero despliegue del ser hijos, es importante vivir permanentemente agradecidos.

b. El ser hijos es un constante llamado. Nuestro primer llamado ha sido a la existencia. Así no haya sido intención de algunos padres traer un hijo al mundo, existimos porque hemos sido llamados a existir. No hubiera sido posible existir si en últimas Dios no lo hubiera permitido. Existimos por un llamado personal de un padre que ha querido traer a su hijo a la existencia.

Reconocer esta realidad del llamado a existir nos lleva a reconocer que toda nuestra vida está llena de pequeños llamados. Podríamos decir que muchas cosas que hacemos son por decisión propia, por un consejo que hemos recibido o por una orden, pero también que de alguna manera hemos sido llamados a ello, sea por un llamado un interior, de otra persona o de Dios que se puede manifestar a través de otras personas o circunstancias.

En síntesis, ser hijo implica tener un padre, un padre que no deja a su propia suerte al hijo y por lo mismo, está atento a lo que le pueda suceder; por eso, a lo largo de su existencia, el hijo va a experimentar distintos llamados que salen a su encuentro para que su existencia alcance su sentido pleno y en último término la felicidad.

c. Ser hijos implica ser hermanos. Si todos somos hijos es porque somos hermanos y ser hermanos tiene varias implicaciones como, compartir, sentirse iguales, ayudarse mutuamente, corregirse, respetarse, escucharse, aceptar que puede haber uno mayor que yo o reconocer que hay uno menor que yo a quien tengo que atender o del cual soy responsable.

Sentirse hermanos es también razón por la cual no habríamos acabado con el que tenemos al lado. Aunque esto sucede en lo cotidiano con tal frecuencia que nos agobia, especialmente en

algunos países, no es lo natural del ser humano, porque de otra manera ya nos hubiéramos exterminado mutuamente.

Las relaciones humanas que poco a poco se van estrechando y en las cuales cada vez crece más la confianza, se llega a decir entre unos y otros que son como hermanos. Quien en una relación con otra persona ha llegado al nivel de considerar hermano al otro, encuentra un gran nivel de satisfacción, de plenitud, y así lo quiere puesto que busca que lo peor que se puede dar entre una relación interpersonal no se dé, que es la traición. Por alguna razón, habrá puesto Dante a los traidores en el último círculo del infierno. El traidor es lo más opuesto al ser hermano. Y lo más opuesto al traidor sería aquel que ha sido capaz de dar su vida por el otro, como lo ha hecho Jesucristo por nosotros. Es por eso que quien sigue a Cristo se entiende hermano de Él, y con Jesús a su lado se reconoce hermano verdadero de los demás, y así logra descubrirse verdadero hijo de Dios.

3. Que no se dan cuenta de que son hijos

Si es tan evidente la realidad del ser hijos ¿por qué será tan difícil darse cuenta de ello y más importante aún vivir como tales? Es este un gran interrogante que podemos hacernos hoy. Incluso, ante tanta claridad y profundidad con la que el cristianismo ha tratado al ser humano como hijo de Dios ¿por qué no vivimos como hijos? Y por lo mismo ¿por qué no vivimos como hermanos? Estos son los interrogantes que han movido la reflexión del siguiente aparte de este trabajo.

Lo primero que podríamos decir es porque por más evidente que sea esta relación de filiación, en la práctica se tergiversa y se ponen varios obstáculos para vivirla; a continuación mencionaremos algunos de ellos.

a. Se le asemeja a una relación entre un esclavo y su señor. No cabe duda que lo más fácil siempre será estar en los extremos; lograr el equilibrio será siempre muy difícil, y ahí es donde enmarcamos este elemento en sus dos aristas: la del padre opresor y la del hijo servil. En este caso podemos decir que es más fácil mandar y maltratar, buscar cumplir los objetivos sin pensar quién ni cómo los podrá cumplir, cuyo resultado será una relación del tipo esclavo-señor. Cuando existe poder, como el que puede otorgar la paternidad, mandar y hacer uso opresivo del poder será siempre muy fácil. A lo largo de la historia hemos podido constatar cómo pueblos enteros, comunidades, tribus, clanes, han tenido que subyugarse a merced de los más poderosos. A nivel familiar no encontramos las excepciones. En las familias, el padre también suele ser el sujeto

opresor, y quienes han sido oprimidos, con intención o sin ella, llegan a actuar muchas veces de la misma manera con sus hijos. Así mismo, tenemos la contraparte del hijo servil. Ante un padre que es opresor la salida fácil será la de ser servil y hacer todo lo que el padre diga, donde no hay posibilidad de cuestionar las decisiones del padre o de objetar a algún tipo de pedido injusto. En este círculo vicioso ¿qué opción positiva se le podrá encontrar a la dimensión filial de la persona humana? ¿quién querrá ser hijo?

Pero lo cierto es que no se puede tener esa mentalidad servil con el padre biológico ni con Dios. Es necesario mostrar al mundo que la relación con Dios no es un servilismo, pues también esta visión se difundió ampliamente y alejó muchos fieles de su Iglesia y dejó a muchos otros resentidos. Se cree que la respuesta del hijo hacia el padre es la sumisión. Pero la verdadera respuesta es la libertad, pero una libertad anclada en la confianza, el respeto y la obediencia, atravesadas por el amor. Cuando hay equilibrio entre las tres y el amor empapa todas las realidades, el hijo experimenta la verdadera libertad, tal como dice san Pablo en la carta a los romanos: “La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios.” (Rm 8, 20-21).

b. Se ha roto la confianza. Cualquier relación humana está cimentada en la confianza. No se puede pensar en una relación entre dos personas donde la confianza no existe. Hoy en día estamos sumidos en una cultura donde confiar es cada vez más difícil, se tienen que hacer siempre contratos por escritos, y muchas veces firmados por notarios e incluso por súpernotarios (Supernotariado y registro) para constar que el que firma es un notario. No hay confianza. El peso de la palabra dada ya no existe. Un compromiso no se sostiene con la palabra dada.

Sumado a esto, somos testigos de padres biológicos que han sido muy rígidos, castigadores, malgeniados, en quienes depositar la confianza es cada vez más difícil. Por lo tanto, no existe una salida expedita para este problema de ausencia de confianza. Por esta razón, es necesario confiar, pero confiar desde la fe, como dice la carta a los hebreos: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven.” (Hb 11, 1). Será la fe la única manera de poder reestablecer la confianza en la relación filial.

c. La visión de un padre castigador. Sin duda alguna cuando se le habla a alguien del Dios del Antiguo Testamento, lo primero que dice la gente es que es castigador. A esto se le suma la realidad de cierta forma inexplicable de los desastres naturales, que seguido a cada tragedia, vienen

los grandes interrogantes: ¿por qué a mí? ¿por qué Dios es tan injusto? ¿si Dios es bueno, por qué me sucede esto?

Pues bien, se ve a Dios como el que envía el castigo, las cosas malas, como un Dios injusto. Una vez más la fe y una buena formación nos ayudará a sacar a la gente de esta visión de Dios. Sin embargo, es necesario que se le dé mucha atención también a las familias, pues esta idea de Dios se puede ver reforzada por la imagen de padres de familia igualmente castigadores, injustos, que no dan explicaciones y a quienes no se les puede objetar nada.

Es importante transmitir la idea de que Dios no es el padre que somete u oprime, sino alguien que vela por sus hijos, que los acompaña, los cuida, se preocupa por ellos. Recordar como dice el Evangelio: “¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre”. (Mt 10, 29s). Y después agrega el Señor: “En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados” (Mt 10, 29s).

d. La filiación como seguro de vida. Muchas veces se ha entendido el ser hijos como si fuera un seguro de vida que protege contra todos los males. Entendida así la filiación, cuando algo malo sucede, se piensa en que no hay papá o mamá, que no sirven para nada. Pero lo cierto es que la filiación no protege frente a los tropiezos y caídas que tenemos en nuestra vida. Lo grande del amor filial es que a pesar de las caídas, ahí siempre está el padre y nos ayuda a levantarnos.

Es cierto que Dios nos ayuda y sale a nuestro encuentro, pero el Señor ni su ayuda constituyen un seguro de vida que impida que no suframos. Por eso es importante recordar aquellas palabras de Jesús:

«Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.» (Mt 11, 28-30).

En esos momentos de turbación tendremos la ayuda de Dios, quien nos recuerda que su yugo es excelente.

e. Ser hijo es llenarse de deberes. La base de la filiación es el amor, no el cumplimiento de normas y deberes. Se da una distorsión aquí. El hilo con el que un padre tiene que hilar cuando da normas a sus hijos es muy fino. Pues se puede convertir en una serie de imposiciones, más que de directrices que su hijo tiene que seguir. Evidentemente tiene que haber una pedagogía, pero no es difícil que a un padre o a una madre se le vaya la mano en la imposición de normas y deberes a sus hijos.

Por otro lado, cuando se ha entendido o hablado de un Dios que lo único que ha hecho es poner normas, así como los más de 600 preceptos de los judíos, es muy probable que nadie quiera ser hijo de un padre que pone tales cargas a sus hijos. Tenemos que recordar y hacerle recordar a la gente que recibe formación en la fe, aquellas palabras del mismo Jesús:

No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o una tilde de la Ley sin que todo suceda. Por tanto, el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos. Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos. (Mt 5, 17-20).

Estas son palabras que pronunció el Señor luego de haber dicho las bienaventuranzas, que van, por supuesto, más allá que las leyes y los deberes impuestos que pueden conducir a rigideces y estrecheces.

Conclusión

Comprender el ser hijo es una realidad que no es fácil en el mundo de hoy. Por más de que resulta evidente a todas luces para cualquier persona que todos sin excepción somos hijos de alguien, comprender y vivir esta realidad no es fácil. Hemos visto la riqueza y el valor de la dimensión filial de la persona humana. El ser hijos es un don, es un llamado y nos lleva a sentirnos hermanos de los demás. Toda esta experiencia muy existencial tiene su raíz en una realidad divina, en el haber sido creados por Dios a imagen y semejanza.

Hemos visto varios obstáculos que dificultan en el mundo de hoy descubrirse hijos, tanto de los padres biológicos, como hijos de Dios. Pero quisiéramos destacar desde una mirada positiva cómo salir de dichos obstáculos. La primera manera, es el volver en sí mismo, como lo hizo el hijo pródigo de la parábola (ver Lc 15, 11-32). Quien tiene el coraje de “entrar en sí mismo”, no sólo de reconocer o mirar cara a cara su difícil situación sino más aún, reconocerse “hijo” y de reconocer que tiene a quién recurrir, experimenta el impulso que le mueve a “salir de allí” para dirigirse a un lugar donde puede saciar su hambre. Entiende, pues, que hay algo que debe dejar atrás: todo aquello que lo hunde y lo mantiene atado a una situación de miseria, en la que no hace sino experimentar hambre y en donde no hay nadie que le dé aquello que necesita para satisfacer esa hambre. De uno

mismo depende seguir en esa situación o tomar la firme decisión de romper con tal situación y salir de allí, no para vagar sin rumbo sino para dirigirse a un lugar en el que podrá saciar plenamente su hambre, que no sólo es hambre de pan, sino ante todo es un hambre de amor (experimentaba cómo nadie se preocupaba por él), de comunión (experimentaba cómo todos lo habían abandonado), hambre de infinito.

Finalmente, quien se abre a la acción de la gracia, dejará que sea Dios quien obre en él o ella. Quien tiene un corazón dispuesto no sólo permitirá que Dios lo justifique y alcance la salvación, sino que también encontrará la alegría, la paz y la riqueza de la profundidad del reconocerse hijo de Dios. Como dice San Pablo: “Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe.” (Ef 2, 8-9). Con esta fe en Dios podremos reconocer que somos sus hijos, para que sintiéndonos y viviendo como hijos suyos, podamos alcanzar la felicidad que anhelamos en esta tierra y la salvación eterna.

Referencias bibliográficas

ASSIRIO, J. **La dualidad filiación-paternidad. Estudio según la antropología trascendental de Leonardo Polo**. Suficiencia investigadora. Universidad Austral, Universidad de Navarra, 2013.

Disponible en:

https://www.academia.edu/10931600/La_dualidad_filiaci%C3%B3n_paternidad_seg%C3%BAn_Leonardo_Polo. Acceso en: 20 Abr. 2016.

BURGOS, J.M. **El personalismo**. Madrid: Palabra, 2000.

BURGOS, J.M. **Antropología: una guía para la existencia**. Madrid: Palabra, 2008.

BURGOS, J.M. **Reconstruir la persona**. Ensayos personalistas. Madrid: Palabra, 2009.

BURGOS, J.M. **Antropología breve**. Madrid: Palabra, 2010.

BURGOS, J.M. ¿Qué es la bioética personalista? Un análisis de su especificidad y de sus fundamentos teóricos. **Cuadernos de Bioética**, vol. 80, n. 25, pp. 17-30, 2013.

BURGOS, J.M., CAÑAS, J.L. y Ferrer, U. (Eds.). **Hacia una definición de la filosofía personalista**. San José de Costa Rica: Promesa, 2008.

GUARDINI, R. **Mundo y persona**. Madrid: Ediciones Encuentro, 2000.

LÓPEZ, A. **Cuatro personalistas en busca de sentido**. Madrid: Ediciones RIALP, 2009.

PIÁ, S. **El carácter filial de la co-existencia humana**. Disponible en:

<http://arvo.net/pdf/coexistencia.pdf>. Acesso en: 25 Abr. 2016

SELLÉS, J.F. La filiación personal humana. Estudio acerca de si lo más radical de la antropología es ser hijo. **Cauriensia**, vol. 1, pp. 201-217, 2006.

Universidade Católica de Petrópolis
Centro de Teologia e Humanidades
Rua Benjamin Constant, 213 – Centro – Petrópolis
Tel: (24) 2244-4000
synesis@ucp.br
<http://seer.ucp.br/seer/index.php?journal=synesis>



JIMENEZ, Carlos Alberto. Hijos que no se dan cuenta que son hijos: una reflexión desde el personalismo. **Synesis**, v. 8, n. 1, jun. 2016. ISSN 1984-6754. Disponível em: <http://seer.ucp.br/seer/index.php?journal=synesis&page=article&op=view&path%5B%5D=991>. Acesso em: 30 Jul. 2016.
